

Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

Raros todavía en México, los libros de memorias en Estados Unidos son una verdadera plaga. Boxeadores, cantantes, estrellas de cine, beisbolistas, modelos, millonarios, locutores de radio; cualquier persona que alcance sus quince minutos de fama escribirá su libro de memorias. Es parte de la cultura del *talk show*. En esa industria de páginas perecederas resaltan las memorias de los políticos y de quienes los rodean. El candidato que perdió, el cínico estratega electoral, la amante del gobernador, el astrológo de la primera dama, la redactora de los discursos presidenciales, el confidente del secretario. Incluso Millie, la perra del presidente Bush publicó con éxito su álbum fotográfico. Un *best-seller* en donde aparecía, por cierto, Carlos Salinas acariciando gentilmente al Primer Perro de los Estados Unidos de América, El rasgo común de estos libros es normalmente un tono quejumbroso. Nada nuevo ni muy edificante: denuncias y confesiones de la corrupción, la tontería y la frivolidad de la política. Pero hay, de repente, alguna publicación de este tipo que vale la pena. Hace muy poco apareció un libro que sale del molde. Se trata del recuento del exsecretario del Trabajo, Robert Reich, titulado *Atrapado en el gabinete (Locked in the Cabinet)*, publicado por Knopf. El relato de Reich es divertido, ingenioso, fresco. Es también inusualmente honesto. Incluso diría que la honestidad del libro colinda en ocasiones con una patética candidez.

Robert Reich llegó al gabinete del presidente Clinton por pura amistad con el que repartía el pastel. No tenía ninguna experiencia administrativa. Se dedicaba a dar clases y a escribir: el refugio de los que no sabemos hacer nada. Un hombre que ni siquiera tenía una secretaria en la universidad, de repente se convertía en la cabeza de un monstruo burocrático de 18 mil empleados, con un presupuesto de 35 mil millones de dólares. Reich y Clinton se hicieron amigos desde que estudiaron en Oxford. Después de sus estudios en Inglaterra, *Bill* empezó a hacer política en Arkansas y *Bob* a dar clases en Harvard y a publicar estudios sobre economía laboral. Cuando Clinton ganó las elecciones presidenciales Reich fue designado jefe del equipo de transición. Poco después se hacia cargo del ministerio del trabajo al que renunció al concluir el primer periodo presidencial de su amigo.

El libro de Reich no es el autorretrato de un prohombre que gana una batalla tras otra. Todo lo contrario, es una reflexión íntima de un hombre pequeñito atrapado en las inhumanas inmensidades de la política. El título del libro es justo. Robert Reich fue un *prisionero* en el gabinete presidencial. Esta es la representación dramática de los conflictos de un hombre de ciencia que brinca a la política sin haber hecho los ajustes necesarios en su constitución psicológica. La política, como sentenció, Weber, es cosa seria. Quien elude el pacto con el diablo, lo paga tarde o temprano. El libro retrata a un hombre desencajado: pez en terreno pedregoso. De esta manera se describe el progresivo deterioro de Reich. Fuera de su elemento, su voz se va apagando, su influencia se desvanece, su fe en la política se extingue mientras que la nostalgia por su familia, la autonomía y la universidad ganan terreno.

Uno de los trozos más divertidos del libro es el recuerdo de su primer contacto con el hombre más poderoso del mundo. Para Robert Reich el soberano del universo no es su amigo Bill, no es tampoco el príncipe de las comunicaciones Ted Turner o el genio de la computación Bill Gates. El hombre más poderoso del mundo es, a su juicio, Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos. El presidente de Estados Unidos es apenas algo más que el sirviente del director del banco central. Robert Reich, hijo de la cultura de los sesentas, intelectual de la izquierda norteamericana, ve al jerarca de las finanzas como el gran enemigo de una política de inversión que impulse la educación y la modernización de la economía. Es, sin embargo, el Mandamás. Tras describir los encantos del colmilludo de Wall Street, Reich cuenta la conversación que quiso haber tenido con el omnipotente economista. En ese relato imaginario, Greenspan advierte con toda arrogancia que el presidente no lo puede tocar ni con el pétalo de una rosa: Clinton me necesita porque necesita el apoyo de la banca que sólo yo garantizo. Clinton podrá deshacerse de su gran amigo, *Bobby* Reich, pero nunca de Alan Greenspan.

Este diálogo inexistente, divertido y terrible, es el corazón de la experiencia del académico Reich en la política: la imposibilidad de proyectar su voz al mundo de la política auténtica; la esterilidad de sus propuestas, la facilidad con la que, en las aguas turbias de la política, los tiburones se despachan a los ingenuos.

Vicente Verdú ha publicado recientemente una hermosa cartografía de la intimidad. *Emociones* se titula el libro editado por Taurus. Hace unos meses leí sus estampas sobre la sociedad norteamericana en *El planeta americano*, el ensayo que ganó el Premio Anagrama del 96. Si esta obra era el trabajo de un paisajista que

retrata a un pueblo desde el taburete de la extranjería, *Emociones* es una obra profundamente sensible y personal. El propósito del escritor español ha sido vestir la dignidad de lo ordinario: la regadera, el supermercado, el peine, la farmacia, el despertador, el cepillo de dientes, el ombligo, el lunes, la tristeza.

En este homenaje a nuestros vecinos más cercanos, Vicente Verdú despliega toda la eficacia de su prosa. Sus frutosas palabras traen hasta los sentidos del lector el olor de la peluquería, la tersura de unas sábanas recién lavadas, el esplendor del muslo desnudo, el óxido subterráneo de la tristeza. El cartógrafo de las emociones no produce una representación miniatura del terreno: recorre con su lápiz las penínsulas y golfos de ese universo doméstico.

Aquí entrecomillo, para que otros se acerquen a este libro, uno de los parajes delineados por Vicente Verdú: la ducha. "La suntuosidad del baño remite a una voluptuosidad corporal que parece posible cuando el resto de las cosas están solventadas y, consecuentemente, ya cabe un gusto propio o una suerte de ocio que se complace no sólo con los tactos y perfumes de las cremas y jabones, sino con la disponibilidad de un tiempo en perfecto estado. (...) Cualesquiera que sean sus dimensiones, el cuarto de baño opera como un apartamento dentro del apartamento, como una residencia de excepción dentro de la residencia. Rematado de forma pulimentada y diferente, centro donde se implanta ya el único espejo de la casa, recinto donde cunde el agua con libertad incomparable, posee por sus características especiales los signos de un ámbito sustraído a la normalidad. El cuarto de baño es un medio de placer privado (privado también de todos los demás) y donde el individuo practica un contacto narcisista y animal consigo, lejos de lo que es tolerado fuera."

En el número de primavera de la revista *Dissent* se publica un artículo del viejo disidente polaco Adam Michnik sobre las nuevas democracias de Europa Central que vale la pena recoger en estas notas. El comunismo, dice el historiador polaco, fue como un congelador. Bajo el hielo del comunismo se cubría un mundo de tensiones, conflictos y emociones. El deshielo fue muy rápido. Primero aparecieron las florecitas pero muy poco tiempo después salió a flote la podredumbre.

Tras la caída del muro reventó la vieja unidad de liberales, conservadores y socialistas que integraban el frente anticomunista. Pero antes de ese colapso, la coalición marcó el debate político con un tono absolutista. "El absolutismo de la oposición anticomunista nos exigía creer que el comunismo era intrínsecamente perverso, el diablo de nuestro tiempo, y que la resistencia era algo naturalmente bueno, noble y hermoso. La oposición democrática demonizó a los comunistas y se angelizó a sí misma." Ese absolutismo moral pudo haber sido el alimento de la resistencia contra la dictadura, pero es una debilidad para los hombres que viven en una sociedad en donde empiezan a implantarse los procesos democráticos. Es que, como dice Michnik, un mundo democrático es "crónicamente imperfecto". La democracia no es negra ni roja. Es gris. Por ello quizá tienen algo de razón los críticos de este régimen cuando lo llaman un sistema de mediocridad.

Pero el gris de la democracia no borra el intenso colorido del debate social. De hecho se pinta con la diversidad: la preocupación del socialista por la pobreza, la defensa que el conservador hace de la tradición, la celebración liberal de la diferencia, el énfasis del técnico en la eficiencia. En este baño de colores, aparece con toda integridad, el gris de la democracia. "Gray is beautiful" concluye Michnik.